

que el mismo Virgilio Piñera menciona la utilización de la parte clownesca para que la sería quede bien a la vista.

El segundo apartado del libro se centra en el desarrollo del teatro del absurdo en Cuba, anterior a la revolución —aludiendo a sus comienzos en la revista *Ciclón*, el teatro cubano entre 1936 y 1958, el teatro del absurdo hasta 1958, centrándose en figuras como Virgilio Piñera, Antón Arrufat, José Triana o Ezequiel Vieta—.

El tercer apartado estudia el teatro posterior a la revolución, entre 1959 y 1968, el teatro del absurdo postrevolucionario y un cuarto apartado trata del declive del teatro del absurdo y su vinculación a causas políticas —en esta sección se hace también un recorrido muy interesante por el teatro soterrado de Piñera—.

Este libro abarca la génesis del teatro del absurdo en Cuba pero también su declive por lo que da una visión amplia y concreta del fenómeno absurdista y de la historia del teatro cubano en general. Tan sólo objetaría la casi ausencia de relación entre esta modalidad teatral y su naturaleza específicamente hispanoamericana y en concreto caribeña. Aunque el autor rechaza este criterio por no considerarlo suficientemente sostenible, en mi opinión la presencia del «choteo» y del humor negro, esa maléfica unión entre risa y miedo, serían dos elementos específicamente atribuibles a este teatro del absurdo en Hispanoamérica. Quizás Virgilio Piñera tenga la última palabra sobre el absurdo cuando afirmaba:

«Por ahí corre un chiste que dice: Ionesco se acercaba a las costas cubanas y sólo de verlas dijo: Aquí no tengo nada que hacer, esta gente es más absurda que mi teatro».

CRISTINA BRAVO ROZAS  
*Universidad Complutense de Madrid*

CORTÍNEZ, Verónica. *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*. México, OAK Editorial, 2000, 333 páginas.

El trabajo de hacer una reseña de este libro ha sido ante todo un placer, entre otros motivos, por reencontrarme con un viejo amigo, ese Bernal Díaz al que, si algo le caracteriza, es el haber sabido captar las simpatías de cuantos lo leen, lo escuchan. Ese sujeto, ese «yo», cautiva con su locuacidad hasta ocupar el puesto de un cronista muy cercano a nosotros. Otra razón la ha supuesto el que ese encuentro tenga lugar en las páginas de un libro especialmente minucioso y cuidado, que abre las puertas a la discusión.

Verónica Cortínez nos plantea una cuestión siempre sugerente: «Si el texto de la *Historia Verdadera* se hubiera perdido y no tuviéramos más alternativa que imaginarla a partir de alguno de sus críticos... ¿Qué sabríamos del libro de Bernal? ¿Cómo lo imaginaríamos?». Evidentemente la pregunta está señalando una de las claves del texto: el intento de realizar una crítica distinta, que se ajuste con más veracidad a la obra del soldado: «En este libro me interesa leer la *Historia Verdadera* tanto por su texto como por la manera de ser leída en la actualidad».

Para ello Cortínez comienza con un planteamiento esencial, tomado a su vez de James Lockhart: «Si no existiese Bernal acaso los estudiantes no se fijarían en la excepción sino en la regla», es decir, en la regla común de los cronistas. Porque, y es fundamental el énfasis de Cortínez, estamos acostumbrados a considerar a Bernal como cronista, quizá, incluso, sea uno de los autores que mejor conocemos... y, sin embargo, nada más lejos de su obra que la caracterización como Cronista Oficial. Y aquí radica la gran dificultad de la clasificación del texto bernaldiano que la autora sintetiza así: «Walter Mignolo, de modo explícito, se rinde ante la dificultad de clasificar la Historia verdadera dentro de un género reconocible y le asigna un "lugar especial" en la historiografía indiana».

Este planteamiento sobre el lugar para el que fue escrita la obra y la dificultad de otorgarle un puesto en la crítica actual es básico. De aquí se deriva precisamente la discusión sobre historiografía indiana que constituiría un eje del texto de Cortínez: el desplazamiento entre historia y literatura que da origen al problema de la clasificación de la *Historia Verdadera*. La autora no habla de «crónicas» sino de Historia, y trata de señalar la diferencia entre Historia y Literatura para mostrarnos, según la visión de Carlos Fuentes, cómo Bernal es el primer novelista de Hispanoamérica. Cortínez nos dice que el texto de Bernal no es un simple testimonio, sino «una problemática cuya esencia es literaria». Con esta afirmación se da paso al primer objetivo perseguido por la autora que es el de «desentrañar la particular naturaleza de la *Historia Verdadera*», haciendo especial hincapié en los datos ofrecidos por Bernal, contrastando su veracidad con una documentación amplísima; insistiendo en las especiales características de la escritura del soldado, como narrador particularísimo, y en las motivaciones y recuerdos con toda su carga intencional, consciente o inconsciente. Cortínez consigue con todo ello revivir lo que fue la conquista de México con una prosa ágil, liberándola de un pesado análisis tradicional, sin renunciar a ensamblar perfectamente dicha prosa con toda suerte de citas de los investigadores que con más ahínco se han dedicado a analizar esta obra.

La necesidad de resolver el planteamiento acerca de los límites entre Historia y Literatura que nos había planteado, viene dada por el segundo propósito que persigue Cortínez, y que no es otro que el de «descubrir el mecanismo a través del cual la *Historia Verdadera* de Bernal se convierte en fundamento del sistema de la literatura hispanoamericana», precisamente al «alejarse» de la Historia y acercarse a la Literatura.

En este sentido, desde el título, *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*, nos va a ir conduciendo hacia el texto de Carlos Fuentes, a esa «épica vacilante» que ronda el inmenso campo de la Memoria, memoria imprescindible siempre en la obra del mexicano, englobadora de presente, pasado y futuro, una *Terra Nostra* condensable en el *Aleph* borgiano y, por qué no, en la *Rayuela* de Cortázar. Este segundo objetivo está, por lo tanto, enfocado de una manera completamente distinta al primero. En vez de acudir, como en la primera parte, a los teóricos, a los analistas, Cortínez prefiere volcarse en la opinión de los novelistas. Aquí reside la novedad y el acierto del estudio de Cortínez: el acercamiento a la obra de un soldado, que fue escritor por motivos «interesados», a

través de otros escritores de ficción, parece especialmente justificado en el caso de esta *Historia Verdadera*, porque está claro que se trata de un texto que no posee las características formales, la intencionalidad erudita que tienen otras «crónicas» o «historias» como la de Pedro Mártir de Anglería o la de López de Gómara.

Frente a los tres primeros capítulos, en los que queda patente el dominio de los textos teóricos sobre los discursos de la conquista, en el cuarto la autora deja de alguna manera hablar a Carlos Fuentes, a Pablo Neruda, a los escritores consagrados que buscan en la *Historia Verdadera* el origen de su propia escritura, que reivindican como germen esa obra del siglo XVI. Sin que la autora se muestre plenamente de acuerdo con tal teoría —Bernal como primer novelista hispanoamericano—, accede de buen grado a realizar ese proceso de búsqueda y encuentro entre la obra de Bernal y la obra de Carlos Fuentes, sobre todo en *Terra Nostra*. Va así desentrañando los puntos de unión entre una y otra en ese juego de la memoria tan vinculado con la cultura mexicana y fundamental para comprender la obra literaria de Fuentes. Es, pues, un capítulo compartido entre pasado y presente, en el que se funden numerosos elementos, elaborando una escritura amena e interesante. Cortínez no tiene reparos en permitirse ahora, tras el minucioso análisis previo que citábamos, ciertas licencias «cuasi literarias» que consiguen el objetivo de esa crítica distinta perseguida por la autora.

Obviamente, el libro tiene puntos de los que diferimos, como, por ejemplo, la manera de enfocar las intenciones de Bernal al escribir; o el planteamiento siempre polémico de la historiografía indiana, la separación entre Historia y Literatura, entre Historia e «Historia de lo Cotidiano»; o bien la interpretación de la autora sobre el papel que Bernal otorga a los indígenas, etc.

Pero, Cortínez no pretende en estos puntos cerrar cuestiones de alguna manera eternas, sino dejarlas abiertas. Si las plantea, es para conducir la obra de Bernal al lugar que le interesa, esto es, al terreno de lo literario como el lugar que, finalmente, el paso de los siglos le han otorgado. De la memoria experiencial de Bernal hemos pasado a la justificación del origen de las letras hispanoamericanas, en concreto de ese género que conocemos como novela: si Fuentes y Neruda no dudan en nombrar a Bernal Díaz del Castillo primer novelista mejicano, la autora, como buena comparatista, puede tratar de acercar a Bernal no sólo a Fuentes o a Borges, sino a Cortázar. Y añade una frase muy significativa: que Cortázar en *Rayuela* había señalado que «la esencia de lo literario es la nostalgia». Bernal habría escrito, pues, para recuperar la nostalgia de lo ocurrido en México y ésta sería la clave del carácter literario de su obra: sólo del recuerdo presente en la memoria del anciano pudo salir la *Historia Verdadera*. Un «recuerdo» como memoria manipuladora (aquel *Teatro de la Memoria* del Domine Camillo de Fuentes) que le distanciará plenamente de la Historia y le hará entrar en el mundo de la Literatura con toda la fuerza demoledora de la espontaneidad, espontaneidad que a su vez legitima a esta escritura como Nueva, como Literatura propiamente hispanoamericana.

MAR CAMPOS FERNÁNDEZ-FIGARES  
*Universidad de Almería*